

Olvídalo



Vamos a suponer que nunca estuvimos allí los dos juntos. Que tu mirada no se rozó con la mía, ni tu sonrisa intentó provocar a la mía, incluso que mis latidos no acariciaron los tuyos, ni las palabras bailaron un bonito vals antes de que tus labios se estrellaran con los míos e hiciera que el universo se expandiera un poquito más la noche en la que nos conocimos. Dime que no fue allí, en mitad de ninguna parte, en el punto exacto entre el pasotismo de un adolescente y la curiosidad de un niño cuando empezamos a jugar con el amor como si no supiésemos de antemano que era un objeto inflamable y llevaba la etiqueta de precaución en el reverso. Hagamos que no sepamos que hubo una química brutal del tamaño de tu cuerpo y el mío juntos. Olvídalo, que yo no lo estoy recordando.

Carne de procesión



Fueron tiempos de hechizos y deslocalizaciones,
de estiércol y fuegos artificiales.

No sé si os acordáis.

Nosotros,

encorvados y alegres,

procesionábamos delante de las oficinas del paro vestidos de
nazarenos,

procesionábamos por la mañana y por la tarde,

entre el redoble de los tambores y el estruendo de las
cornetas,

procesionábamos por las noches también,
cuando las puertas de las oficinas habían sido clausuradas
y en sueños sudorosos nos empeñábamos en procesionar.

Bajo la lluvia, bajo la nieve, bajo los arduos rayos del sol
procesionábamos.

Procesionábamos
con nuestros propios pies, que descalzos arrastraban las
cadenas,
procesionábamos
con nuestras propias manos, que ensangrentadas manejaban la
disciplina,
procesionábamos
con nuestra propia canción, que silenciada se adhería a la
polvareda.

Éramos carne de procesión.

Nuestros capirotos señalaban arrogantes el cielo,
mas la luz les huía,
nuestros cirios encendidos apenas iluminaban,
nuestros sambenitos devolvían su amarillo festivo a los ojos
agradecidos de los espectadores,
que deslumbrados apartaban la mirada.

Procesionábamos interminablemente,
delante de las oficinas del paro,
delante de los estadios,
delante de los cuarteles,
delante de las catedrales,
delante de los patíbulos,
delante de las grandes superficies,
delante de los cementerios,
delante de los concesionarios,
delante de los parlamentos,

delante de las fundaciones,
delante de los hospitales,
delante de las cajas de ahorro,
delante de las cárceles,
delante de las administraciones de lotería,
delante de las escuelas,
delante de los parques temáticos,
delante de los manicomios,
delante de las redacciones,
delante de los urinarios,
delante de los zoológicos,
delante de los paraninfos,
delante de las comisarías,
delante de los solares en construcción.

Y procesionábamos delante de nosotros mismos
que nos mirábamos galvanizados y sonrientes por debajo del
capirote
sin querer comprender.

Sonámbulos durante el día
y durante la noche sonámbulos.

Procesionábamos y procesionábamos
y a nuestras espaldas
no se derrumbaban edificios en llamas,
ni las nubes descargaban torrentes de sangre,
ni surgían del fondo del mar serpientes emplumadas,
ni las mujeres parían entre gritos niños decapitados.

Éramos carne de procesión.

Aquellos tiempos
de verbenas y capitulaciones.

No sé si os acordáis.

Poema perteneciente al poemario de Conrado Santamaría, «De
vivos en nuestro juego» (Ruleta Rusa)

Formas de saber que no llega aún el olvido



Saber que el olvido
no llega todavía
porque es el mismo rostro
el que se busca secretamente
entre las multitudes,
o porque la función de autocompletado
sigue escribiendo el mismo nombre
al colocar apenas
sus primeras letras,
o porque se desea con intensidad
destruir las distancias
o poder teletransportarse,
saber que no llega aún el olvido
porque todavía se escribe algún poema
que sigue destilando su recuerdo.

Ya no te quiero



Ya no te quiero,
olvidé quererte como solía hacerlo,
como el puño que coge arena
y la aprieta tan fuerte,

que se le escapa de entre los dedos.
Tenía tanto amor que sobraba,
que no importaba derramarlo.

Olvidé las palabras que nos decíamos,
las promesas que migraron con las aves
y el cambio de estación
hacia un lugar donde ya no parece importar
que fuera tu sonrisa
la que un día movía el mundo,
y los atardeceres
el comienzo de algo bonito.

He olvidado más cosas
de las que me gustaría recordar.
He olvidado la manera
en la que me susurrabas al oído
la última canción antes de dormir.
Y me entristece
demasiado.

De una manera en la que me da miedo
intentar acordarme de ti,
viajarte,
y no poderme traer nada
de vuelta conmigo.
De la manera en que sabes
que no existe nada
que pueda acabar contigo
si hay recuerdos que mueren.

Que pensarte y no sentirte suena
a sucio
a traición
a infiel
y a copa de vino rota.
Que te odiaría por ello
si eso ocurriera,
si fueras tú el títere

de este circo de ilusiones esfumadas.

Que yo no te piense,
que tú no me olvides...

Amor disecado



Disecado el amor sobre la mesita
lo veo con recelo apuntarme a los ojos
irónico final el mío y el suyo
él como adorno reciclado
yo como infame sentencia del olvido.

**Yo me lo guiso, tú me lo
comes**



Yo si quiero
me puedo.
Yo si me puedo
me tengo.
Yo si me tengo
me pierdo.
Yo si me pierdo
me olvido.
Yo si me olvido

me gano.
Yo si me gano
me gasto.
Yo si me gasto
desaparezco.
Me quedo sin nada.

Y así me ha pasado contigo.
Fue un error empezar con el verbo querer.